



## Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

18 | 2018

El río y la ciudad

---

# Orillas

Sergio Delgado

---



### Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/lirico/5703>

DOI: 10.4000/lirico.5703

ISSN: 2262-8339

### Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

### Referencia electrónica

Sergio Delgado, « **ORILLAS** », *Cuadernos LIRICO* [En línea], 18 | 2018, Puesto en línea el 13 octubre 2018, consultado el 21 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/lirico/5703> ; DOI : 10.4000/lirico.5703

---

Este documento fue generado automáticamente el 21 abril 2019.



Cuadernos LIRICO está distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

---

# Orillas

Sergio Delgado

---

Hace horas que estoy buscando una frase. Estaba convencido de haberla escrito en este cuaderno y tenía hasta un recuerdo casi fotográfico de su ubicación en la página, junto a una vista del Sena tomada desde el Pont Marie, pero ahora que no la encuentro, en este instante en que ya comienzo a resignarme a la posibilidad de no encontrarla, dudo incluso de su existencia. Pero existió. Describía la percepción, en un instante preciso, de por lo menos dos orillas dividiendo una y otra materia de la realidad: la del agua y la tierra, la de la presencia y la ausencia. Dudo, sí, de su realización, pero no de su necesidad y ya no sé, ahora que la rememoro, si la estoy recuperando o inventando, es decir: si la copio o la escribo. Lo cierto es que no aparece y que si apareciera ya debería postular una tercera orilla, la que separa, ahora, pérdida y recuperación.

Debo haber escrito esa frase en mi cuaderno azul ese sábado 12 de agosto que acompañé a mi hijo hasta el centro de la isla Saint-Louis –el perfecto centro geométrico de ese paralelepípedo de 525 metros de largo por 250 de ancho que es la isla–, donde se encuentra la parada del 67. Caminamos desde el departamento de la rue Saint-Paul, donde vivía en ese momento, y bordeando el Sena por su *rive droite* llegamos hasta el Pont Marie, que no debe su nombre a la Virgen sino a Christophe Marie, el ingeniero que lo construyó y que además urbanizó la isla, trazando su cuadrícula como hacían los conquistadores españoles en América, con calles que se cruzan perpendiculares y plantando los altos muros costaneros que vienen resistiendo desde el siglo XVII los embates del río. Por ese puente cruzamos el río fricado por los rayos de un sol ya diagonal en el declive de la tarde y desde ese puente encaramos nada menos que el magnífico eufemismo de esa calle de Deux Ponts. Todo esto lo recuerdo perfectamente y recuerdo también que en ese momento, mientras esperábamos el bus, nos llamó la atención un cartel sobre el frente de una de las casas de la zona de sombra de la calle. Era verano, hacía calor, y como el sol golpeaba fuerte todavía, nos metimos en esa sombra, recostándonos contra la fresca pared. No nos llamó la atención el cartel en sí, inscripciones similares forman parte del decorado de la ciudad y ya nadie –tengo la impresión– levanta la mirada para leerlas, sino la naturaleza de su información. Casi tirada al azar, como de un golpe de dados, la cifra de personas capturadas en esa casa, sobre todo la cantidad de niños –absurdamente redondeada–, me conmovió. Nada dije pero me quedé pensando que esa casa debería

haber sido el refugio de varias familias judías. Habrían creído, lo que no era desacertado aunque ingenuo, que la isla les ofrecería una protección adicional.



El 67, que venía por la avenida del Quai del Hôtel de Ville, dobló a la derecha, subiendo a la isla por el puente Marie, y cruzamos con mi hijo la calle hasta la parada, al sol –¿una cuarta orilla?– para esperarlo. El bus, casi vacío, se detuvo resoplando, abrió sus puertas y mi hijo subió con su mochila de viajero urbano, acomodándose junto a una ventanilla, desde la que me sonrió serio. Pasaron uno, dos, tres segundos. El bus cerró sus puertas y arrancó en dirección al puente de la Tournelle para perderse en el destino de la ciudad.

Me volví, desandando el camino y pensando en el viaje de mi hijo en el 67 y en el viaje – por cierto incomparable pero cuya distinción debería ser repuesta, sin cesar, contra los desplazamientos de nuestra vida cotidiana– de esos 40 –¿por qué ese redondeo?, como de ladrones de Alí Babá– anónimos niños deportados en 1942. Sí, fue entonces que escribí –¿o pensé?– esta frase que ahora se me escapa, en la que planteaba la fisonomía de esas cuatro orillas –el agua y la tierra, la luz y la sombra, la presencia y la ausencia, el olvido y la memoria– que dividen la materia de la que, creemos, está hecha nuestra realidad, inevitablemente dual.

La frase, su deseo y su frustración, irrumpen, no por casualidad, en estos días en que estoy –considerando al menos la parte reptil de mi naturaleza– por cambiar de piel. Me quedan algunas pocas páginas para terminar este cuaderno, llamémoslo *azul*, que comencé el verano pasado, y no veo la hora de poder atacar, al fin, el cuaderno siguiente, llamémoslo *rojo*, que desde hace semanas está esperándome. Pasaré del azul al rojo, pero también de un Rivadavia a un Clairefontaine, y en el segundo es otro, bien distinto –ni mejor ni peor, distinto– el blanco de su página, otra su textura, otro el camino de su alineado. Recorro sus suaves hojas, que ya numeré, con lápiz, en su ángulo superior derecho –192 páginas y cada una con sus 22 líneas–, y es agradable esta sensación anticipada del espacio y el tiempo que prometen. El cuaderno tiene, si se quiere, el mismo aire de inminencia que un escenario vacío, que la blanca pantalla de un cine de barrio o que un parque al alba. No

garantiza nada pero brinda, al menos, una posibilidad a este futuro cada vez más estrecho.

Aunque sé que en un cuaderno no hay que buscar sino encontrar, la necesidad de redimir la frase, para situarla en su contexto, me llevó, tirándome hacia atrás, hacia sus primeras páginas. Así lo recorrí varias veces, desde el principio hasta el final, sin éxito, y me queda ahora un sentimiento raro, en todo caso novedoso, ¿cómo decirlo?, de frustración, que se agrega a la urgencia de llenar las páginas restantes del cuaderno azul y pasar, con el rojo, a otra cosa. Desde hace unos días vengo esperando, y si se quiere deseando, la culminación de estas pocas páginas, pero me invade también una cierta nostalgia al considerar que este objeto estuvo acompañándome en tantos momentos difíciles –o, al menos, intensos– de esta etapa de mi vida vivida junto al río. Irrumpe en mi conciencia una multitud increíble de imágenes, de lugares y momentos, y hay, en particular, dos sensaciones, contradictorias e indecisas, que reclaman su anotación: la necesidad de cerrar un capítulo de lo que ya es pasado y el temblor de iniciar una “nueva vida”. Es difícil contemplar los materiales aquí depositados (como el polvo que se acumula sobre la superficie de las cosas, así lo escrito en el cuaderno) y apenas puedo ver o entrever la escritura de estas páginas, pero sé también que es con el tiempo (lo sé, lo aprendí todos estos años que llevo llenando cuadernos) que alcanzarán su verdad.

En estos días, termino de leer una novela que me acompañó casi los mismos meses que lleva la escritura del cuaderno azul y que, por distintas razones, fui leyendo lentamente, abandonándola y retomándola de manera inexplicable, en la intermitencia de raros períodos de fascinación y hastío. Quisiera no leer tan lentamente, quisiera no escribir tan lentamente, pero me reconcilio con mi “manera” de estar en el tiempo, mi manera parsimoniosa de transitar las palabras. Sólo yo sé el sentido de las pausas que ritman la lectura y la escritura, tan distintas unas de las otras, aunque todas parecieran cosidas con una misma tela; sólo yo puedo comprender ese tiempo que tendería a considerar como desaprovechado pero cuya calidad se revela, si se quiere, en estos momentos de culminación. La novela y el cuaderno me acompañaron, fieles traidores, estos meses. Formaron parte de todos los lugares de trabajo, de todos los equipajes. Viaje e inmovilidad se explican ahora, entre otras tantas cosas, con estas palabras y en este momento en que estoy terminando, el cuaderno y la novela, y me quedan sólo unas pocas páginas, no veo la hora de liberarme de esta carga para pasar a otra cosa. Al terminar un libro nos domina siempre este sentimiento paradójico: la alegría por el deber cumplido se confunde, al mismo tiempo, cara y contracara de una misma moneda, con una cierta tristeza, dado que no quisiéramos terminar nunca, sino demorarnos un momento más, todavía... Todavía. No todos los días se termina una novela como el *Gaspar Hauser* de Wassermann, con su tedioso final, en el que el personaje, el “huérfano de Europa”, abandonado por todos sus amigos y protectores (se ha suicidado lord Stanhope, acaba de morir envenenado el doctor Fuerbach, se fue la señora Kannawurf, que no puede permanecer mucho tiempo en el mismo lugar, y los que se quedan lo consideran ya, sin escrúpulos, un impostor), muere en el lecho de la soledad y la incompreensión más extremas, como si todavía, ahora mismo, que leo y acompaño sus últimas horas en este mundo, siguiera agonizando. Quizás por eso Verlaine puso en sus labios este verso inmortal: “Ni siquiera la muerte me quiere.” Seguramente por eso mismo el lector duda en llegar al final del último párrafo, cerrar el libro y pasar a otra cosa.

Rehaciendo el camino, volviendo a cruzar el Sena por el Pont Marie, ese sábado de verano que acompañé a mi hijo a tomar el 67, junté dos hojas de los plátanos que bordean el río, sobre el bulevar. A la primera, la más grande, la encontré en el piso, entre otros tantos

tristes anticipos prematuros de la llegada del otoño. Habían comenzado a caer la semana anterior, de manera más visible esos días –lunes, martes o miércoles– que se levantó viento, y el suelo en ese momento se encontró tapizado de *feuilles mortes* (“Las hojas muertas se juntan con pala, los recuerdos y los arrepentimientos también”). Pero esta hoja era distinta: no se había secado del todo y tenía, en su centro, en su corazón, por así decirlo, un círculo de clorofila que resistía el embate del tiempo. Trazaba así variaciones sensibles en la textura del ocre, mucho menos homogéneo de lo pensado cuando se lo mira con atención, con tonalidades cambiantes de marrón, amarillo y verde. Hay una cierta belleza en esta decadencia. Se percibe en la superficie de la hoja, que se apaga a medida que se marchita, su lucha o, si se quiere, su agonía. Una agonía al mismo tiempo local y universal: la de cada ser ante la tragedia de su destino. Es el fin, la muerte, pero ese término nunca se alcanza puesto que las hojas más muertas, arrastradas por el viento más insensible o quemadas en las hogueras más propiciatorias, guardan siempre un resabio de su vida vegetal, un recuerdo del árbol. La otra hoja, más bien joven, recién nacida, la arranqué del mismo árbol del que, al parecer, había caído la mayor. Era evidente que la grande y la pequeña no vivían una misma vida ni habitaban un mismo mundo.



Saqué esta foto y puse luego a secar las hojas en un libro. Las recuperé un tiempo después, cuando el otoño, el verdadero, ya se había instalado para quedarse. En estas viejas hojas, puestas ahora en el cuaderno, el contraste verde/ocre es equivalente al que conserva la foto, aunque más apagado, puesto que las tonalidades han seguido, si se quiere, evolucionado. Estas hojas son ahora una representación momificada de lo que sentí aquel día de agosto y ayudan a hacer presente el recuerdo. Imágenes que vienen del pasado conservan restos de ese sábado de agosto, pero de manera imperfecta. Se me ocurre, entonces, la siguiente meditación sobre la memoria: Si lo que llamamos vida es un permanente ir muriendo, una empecinada resistencia ante el fin, la memoria, hecha de olvidos, que son su motivo y su materia, alimenta en ese vacío, como el canto del Crespín en la inmensidad desoladora del atardecer, su obstinación y su resistencia ante lo inevitable. Toda hoja es una cartografía de ese combate, de esa lucha eterna.

Aunque el veranito tardío traía, irresponsable, su esperanza, ya una vaga melancolía anunciaba el otoño. La frase perdida, si acaso apareciera de pronto, debería ahora plantear una quinta orilla, la que separa el verano del otoño.



Victor Hugo nos explica, en un poema dedicado al fin del verano, que comenzamos a tomar conciencia del cambio de estación cuando nos damos cuenta de que la luz del alba ha perdido claridad. El ojo percibe la diferencia y algún sector del cerebro, ajeno incluso a la conciencia, ha comenzado a comprenderlo, pero deberemos esperar todavía un tiempo, probablemente un mes, para comprobar la llegada definitiva del otoño. Entonces podría decirse que la bella estación se aleja “como un amigo que parte”. Es interesante esta idea de despedida para explicar el sentimiento de tristeza que nos domina al final del verano. Interesante pero insuficiente. La tristeza es quizás más profunda de lo que pudiera explicar la imagen y en todo caso cada uno resuelve esta intensidad según sus posibilidades. En cada despedida percibimos esa eterna tensión, inaugural de la vida, anticipo de la muerte, entre lo que cambia y lo que permanece. Al contemplar el bus, el barco, el tren o el avión en el que se aleja el ser querido, el otro, el inmóvil, el despidiente, descubre (o revive) ese drama antiguo: “Oh, días espléndidos y dulces, ustedes volverán, ¿pero estaré yo acaso?”

Sigo sin encontrar la frase que escribí o debería haber escrito en ese caminar bordeando el río, a mediados de agosto de 2017, cuando estuve viviendo junto al Sena, en el departamento sobre la rue Saint-Paul que me prestó una amiga; esa frase que escribí, lo comprendo ahora, entre recuerdo y pérdida, ha dejado de ser la misma: ¿cuántas orillas necesita, ya, esa realidad? No la encuentro en el cuaderno, pero aparecen en cambio otras cosas, como esta anotación del domingo 13 de agosto: “¿Cómo pintar la piel del río? ¿Cómo pintar las orillas de agua, piedra, árbol y cielo? [...] Me doy cuenta de que el Sena en París es un río encajonado por altas murallas, como una bestia salvaje encerrada en una celda. Y sin embargo no deja de ser un río verdadero, ágil, fuerte, que desafía la imposición de la ciudad. La belleza de un río como el Sena reside en ese enfrentamiento incesante, si se quiere en ese diálogo, entre corriente y piedra.”

Square Desnouettes, marzo de 2018